

el perro, el ratón, el gato...



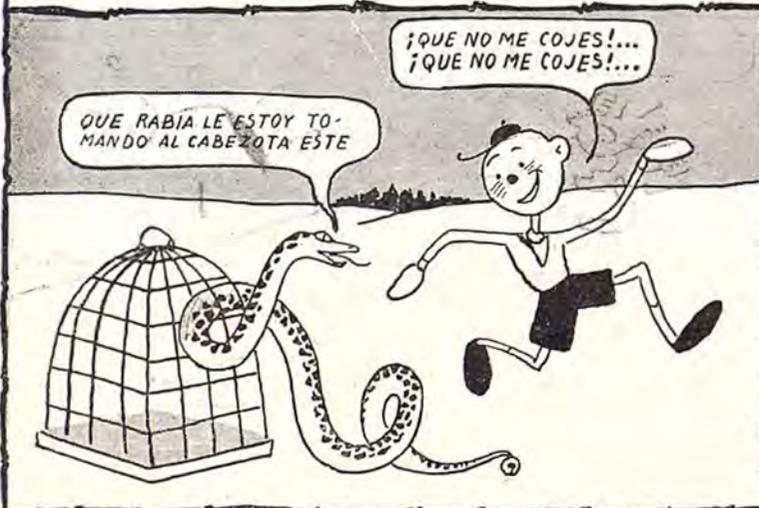
semanario
de las niñas,

9

los chicos los bi-
chos, las muñecas



El Niño Carloto Perrava a dar la vuelta a la Tierra



ROBLES-OSCAR



Núm. 2

El tesoro de los dientes

Núm. 2

Un día, un niño llamado Albertito sintió que en la sopa se le había caído algo que sonó como una chinita. Revolvió con la cuchara, y vió que se le había caído un diente: el primer diente que se le caía en su vida.

Lo mismo el padre que la madre, se echaron sobre el plato del niño con sus cucharas en busca de la preciosa joya, pues los dos querían el recuerdo del primer diente.

Albertito les oía discutir sin comprender que aquello era por el cariño que le tenían, y pensando que realmente tenía un tesoro en la boca. Entonces le preguntó el padre:

—¿Para quién quieres que sea, rico mío?

El chiquillo se puso colorado sin saber a quién elegir; pero se decidió a exclamar:

—Papá, tómalo tú—. Y en seguida dijo al oído de su madre: —Tú no te apures, que ya se me mueve otro y será para ti.

Albertito estaba tan contento al ver que podía hacer regalos tan valiosos a sus padres, sin que le costaran un céntimo. ¡Si resultaba que tenía un gran tesoro en la boca!...

El caso es que se le cayó el segundo y fué a llevárselo a su madre, y ella le dijo, dándole muchos besos:

—¡Hijo mío de mi vida! ¡Cuánto te lo agradezco! Esto vale para mí más que un collar de perlas...

Y Alberto se quedó muy contento.



Después se le empezó a mover otro diente, y su madrina le ofreció un regalo si se lo guardaba. Y el chico estaba cada vez más alegre. Y hasta movía el diente cuando estaba solo para conseguir pronto el regalo.

Se le cayó, lo envolvió y se lo llevó a la madrina, que le regaló un billete de cien pesetas para que se lo guardara la mamá.

Eso no le gustó a Albertito. El quería juguetes; sobre todo, un caballo de cartón que había en el bazar; pero resultaba que entre besos de papá y mamá y el billete de la madrina, el chico estaba desperdiciando un gran tesoro.

Y como se le movía ya el cuarto, pensó sacarle el mayor partido posible, pero en juguetitos. Y entonces tuvo una idea: se arrancó poquito a poco el diente, lo limpió, lo envolvió, y se fué al dueño del bazar y le dijo:

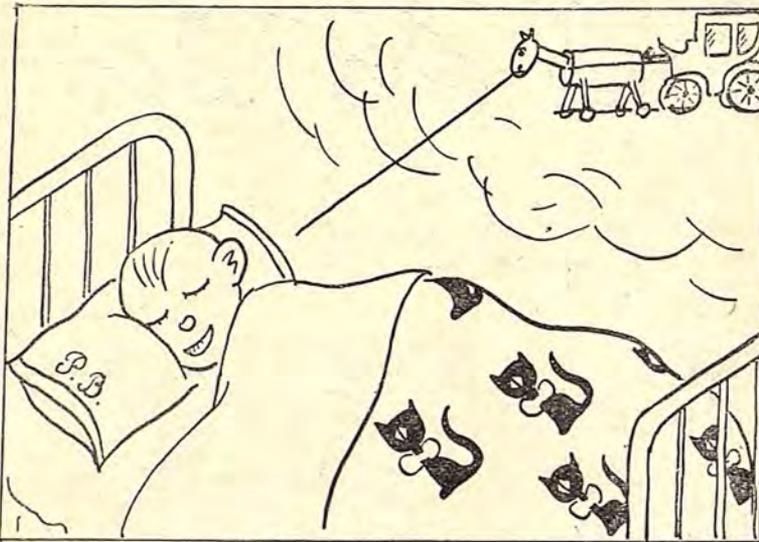
—Ya sabrá usted que mis dientes valen más que collares de perlas, según dice mamá, y cien pesetas, según me los paga la madrina. Pero yo le traigo éste, y sólo quiero el caballo de doce pesetas que tiene usted en el escaparate.

El dueño comprendió lo que había pasado, y como le hizo gracia aquella salida de Alberto, le regaló el caballo, y hasta se guardó el diente. Pero le dijo:

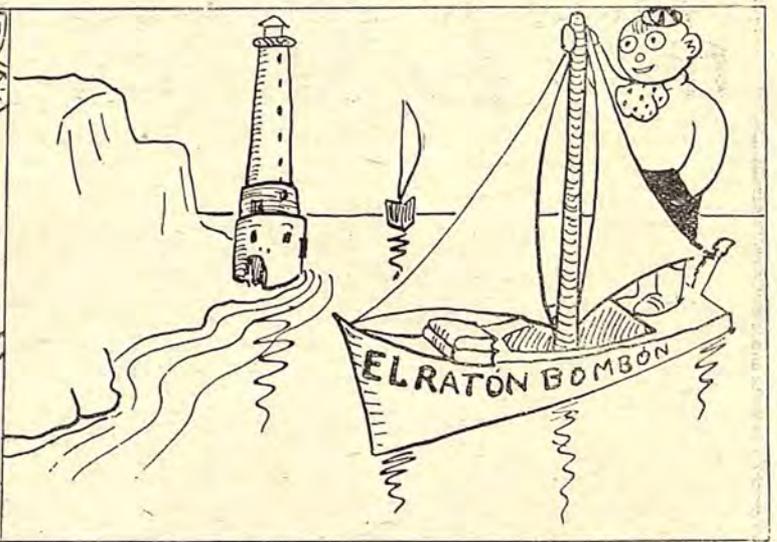
—Ya no me traigas más, ¿eh? Y sé bueno para que tus papás y la madrina te quieran siempre como ahora.

Y el chico se volvió con el jaco a casa.—FIN.

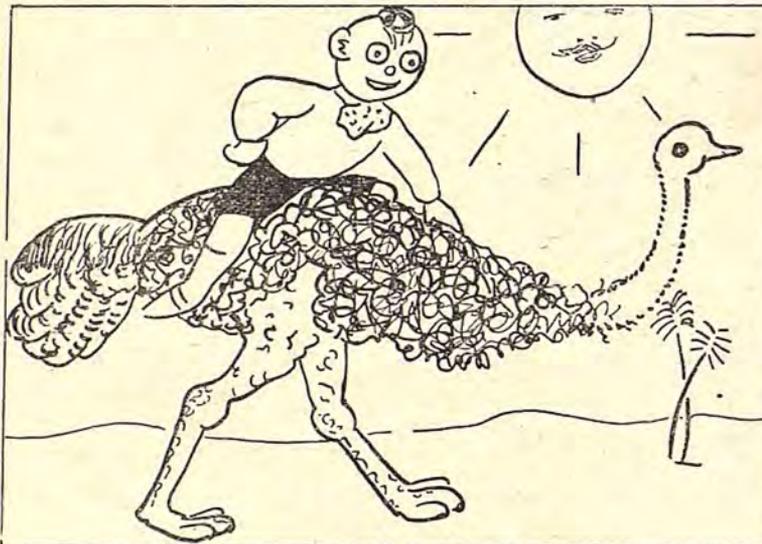
ALELUYAS DE PEPITO BICICLETA



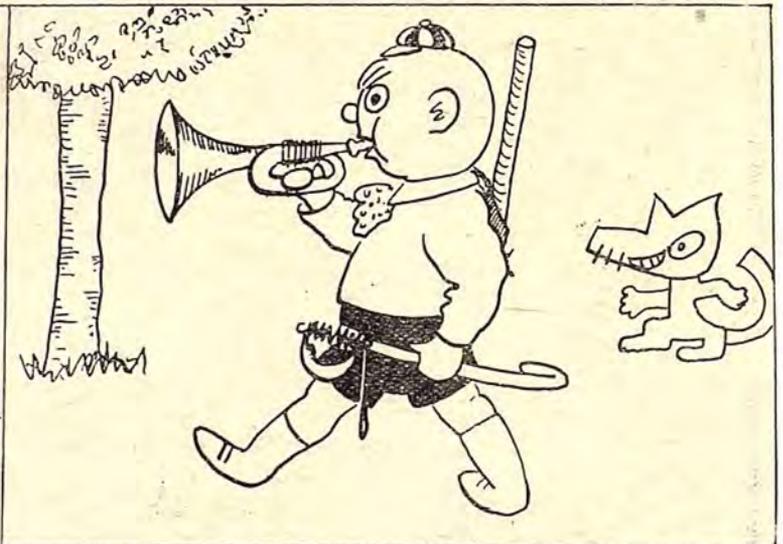
Pepito soñó una noche que le compraban un coche.



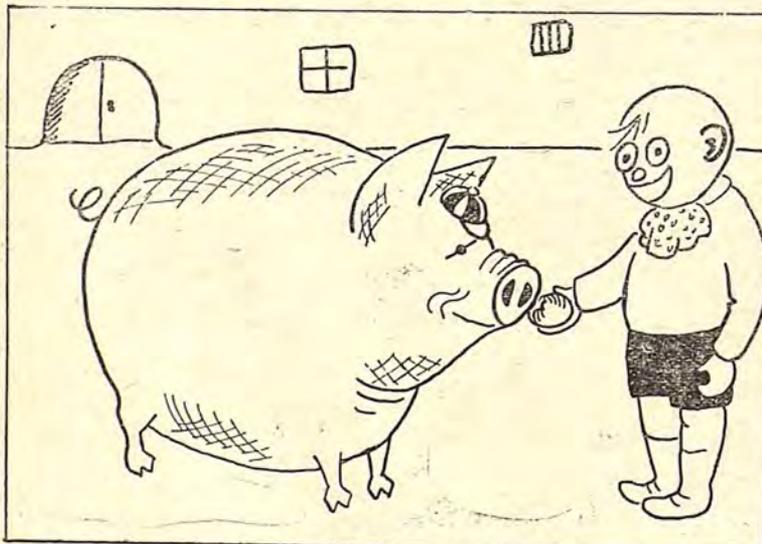
Después se marcha a la escuela en un barquito de vela.



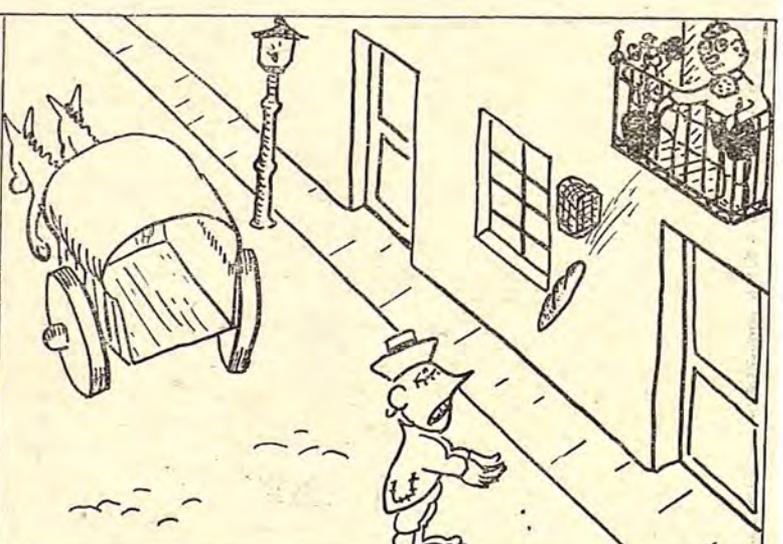
Se ha marchado a Santa Cruz montado en un avestruz



Le han comprado una escopeta, un sable y una corneta.



Al cerdito de su abuela le regala una ciruela.



Si ve un chico pobretón le echa pan desde el balcón.

el perro,
el ratón y
el gato...



el perro, el ratón y el gato...

Semanario infantil. — Director: Antoniorrobes
Príncipe de Vergara, 42 y 44-Apartado 33-Teléfono 51587

Núm. 9. - Madrid, 26 de Julio de 1930

Suscripción.—España, Portugal y América: Año, 20 pesetas; semestre 10; trimestre, 6; Francia y Alemania: 25, 13 y 7; demás países: 30, 16 y 8.



BIENESTAR
MUNICIPAL
MADRID

Este ejemplar pertenece a

El Ratón Bombón

IX. Un desmayo y una montaña.

Bueno, pues ya habréis visto que había pasado unos días con el elefante y otros con el canguro. ¿Había llegado la hora de dejar la Casa de fieras? No, aún no. Son muy bonitos los «bichos», como llaman los niños a los animales: los «bichos».

Y uno de los más bellos es el tigre, lo confieso. Pero si a mí me entra temblor por un gatito, ¿qué será con esta fiera enorme?... Los tigres me dan doble miedo: por ser terribles fieras y por parecer gatos.

Sin embargo, cuando salí de casa del canguro, se me ocurrió acercarme a verle, como si yo fuera un niño. Y, al advertirme, se arrojó a los barrotes, dando un salto tan espantoso y con los colmillos y las garras tan preparadas contra mí, que caí al suelo sin sentido.

Me despabiló una blanca paloma del palomar que había en la Casa de fieras. Me estaba dando aire con su ala blanquísima.

Luego me arregló el lacito del rabo, que con el susto se me había desatado, y entonces yo la dije que si quería casarse conmigo, a lo que me contestó que no, porque yo era un ratón muy amigo de los peligros y de andar libre, y ella quería un marido pacífico.

Entonces yo la dije que hiciera el favor de oler un poco el chocolate de mi perfume. Y después cogí una flor, trepando por un rosal, y se la llevé al palomar.

Yo creo que quedé bien. Pero ¡es que ella había sido tan buena y tan cariñosa conmigo!...

Como había quedado yo un poco delicado del susto, me fuí a casa del buho, que es bicho sabio, y le pregunté que qué me recomendaba.

Y el buho me contó:

—Pásate unos días en un monte, y allí te aliviarás. Eso es sano, querido Bombón.

Salí de allí y miré al horizonte, para ver dónde había montañas. Y, efectivamente, vi dos bastante juntas y me decidí a ir derechito.

Topé entonces con un mochuelo tranquilo. Era el sitio donde en la Casa de fieras tienen los patos, los gansos y los cisnes.

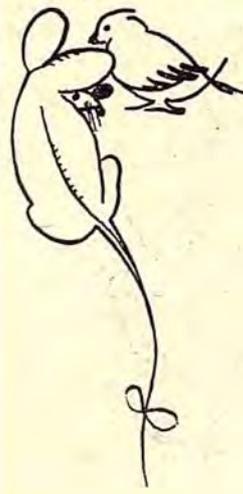
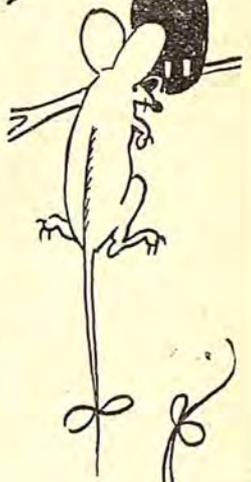
Llamé a un pato, le rogué que me cruzara en sus espaldas, y me lo permitió. Pero cuando me vieron los gansos, vinieron locos, dando chillidos y con sus picos abiertos, a cogerme. Tuve que dar un brinco para salvar la orilla.

Y corriendo, corriendo, antes de diez segundos ya estaba yo en las montañas que había visto.

Puede que a mis lectorcitos les choque eso de que tardara tan poquito, como si hubiera ido montado en un rayo. Pero es que no sabéis una cosa, amigos...

Y es que las montañas resultó que no eran tales montañas, sino las dos jorobas del camello, que, como comprenderéis, estaban muy cerca.

A mí me hizo gracia eso, y allí me quedé. Como los niños que juegan a que hacen montes con montones de arena, yo jugaba a que aquello eran dos montañas, y, peinando su áspero pelo con mis uñas, le hice caminitos hasta la cabeza, y bajé al suelo, y cogí ramitas, y metiéndolas entre su pelo me hice jardines, y hasta una cabaña de ramas para dormir dentro.



Todos los lectores deben coleccionar las hojas encuadernables de este periódico, que son de gran interés.

EL PERRO,
EL RATÓN Y
EL GATO
publica
todas las
semanas
algo nuevo

El chimpancé que tiraba a todo aquel que pasaba

Cuento, por Antoniorrobes :-: Dibujos de Souto

MALA suerte tuvo el chimpancé *Comeperros*: le tocó un domador de mala intención y un látigo que hacía más daño que cuando se pilla uno los dedos con una puerta. Por eso, *Comeperros*, que pudo llegar a ser un mono amable si le hubieran educado con sonrisas de cariño, se hizo un chimpancé furioso..., y un día se escapó del circo donde le tenía su domador.

Se iba a encaminar hacia el bosque; pero como ya co-

la pieza cobrada, fuese conejo, ardilla, jirafa, persona, mariposa, perdiz, cordero, águila o flor recién nacida que se moviera con el viento. A todo disparaba, todo lo mataba, y casi todo se lo comía luego. De los hombres cogía el dinero, y con ello ordenaba a los monitos que fueran por más cartuchos.

En fin: hasta los leones estaban un poco atemorizados, y cuando oían el repetido disparo amenazador, salían co-



que le hiciera el peor chimpancé de toda la sierra. Y entró en una tienda de escopetas; le enseñaron una ametralladora, y eso fué lo que puso en la picota de su montaña.

Comeperros se hizo el amo de toda la serranía. Todas las mañanas montaba la máquina de matar, se ponía una mano sobre los ojos, para que no le molestase el sol, y en cuanto veía que algo se movía..., ¡zas!, ¡zas!, ¡zas!..., salían veinte o treinta tiros, unos detrás de otros.

El chimpancé buscó tres monitos chicos, que se pusieron a su servicio por miedo, y eran los que salían en seguida por

riendo o se escondían detrás de una roca. A un zorro le había pelado su hermoso rabo, a tiros. A un rosal le había deshecho sus rosas, saliendo los pétalos como mariposas asustadas. A un elefante le había hecho siete agujeros en la trompa, y el pobre animal tocaba con su propia trompa la flauta... Hasta había tirado a un águila que volaba con un niño robado; la pegó en el corazón, y el chiquillo abrió los brazos, cogiendo con sus manos las puntas de las alas al ave muerta, y pudo bajar planeando y llegar más lejos de lo que llegaban las balas, salvándose de la terrible ametralladora.

Ya nadie pasaba por el monte de *Comeperros*, si no era una inocente mariposa, un caminante perdido o un león valiente... Pero todos caían por los tiros de la máquina maldita, que salían unos detrás de otros, como jugando a cogerse, pero que a lo que jugaban era a meterse en las vidas de los seres y matarlos. Un juego demasiado bárbaro y miserable.

Entonces pasó que llegó todo esto a oídos de un querubín de esos que no tienen más que cabeza y alas, y llegó a sus oídos porque era un querubín que todas las tardes se hacía invisible y bajaba a la plaza del pueblo a ver jugar a los niños. El lo pasaba muy bien en el cielo, pero le gustaba ver que los chiquillos también lo pasaban bastante bien en la vida, aunque no fuera tan dulcemente como lo pasarían por sus regiones.

el perro,
el ratón y
el gato...

Y entonces oyó lo de *Comeperros*, o el chimpancé de la ametralladora. Y, volandito, volandito, se fué hacia allá. Se hizo v's.ble y pronto sintió las cosquillas de los tiritos.

¿Tiritos a un querubín? Sí, pero no le hacían más que cosquillas, como si le rozara una pelusilla de esas que vuelan por delante de nosotros. Los querubines no son de carne: son de cielo.

Comeperros se desesperaba al ver que aquello vivía todavía, y siguió tirando, porque lo achacaba a falta de puntería. Las balas se iban a terminar, y mandó por más. Y se las trajeron... Y vengan disparos, vengan disparos, vengan disparos...

Y el querubín, como si nada. Hasta hizo una picardía: no había fumado jamás, porque sabía que los hombres modernos no fuman, porque huelen mal y no es de buena salud; pero él se hizo un puro con hojas secas y lo encendió con un rayo de sol, y se puso a fumarlo a quince metros del chimpancé, para darle rabia. Y... ¡vengan disparos, vengan disparos, vengan disparos!...

Toda la sierra estaba aterrada ante esta repetición tan te-



rible de los tiros, que no habían oído nunca tan constante; hasta aquellos a quienes por su lejanía no les llegaría ninguna bala, estaban asustados. Los conejos sacaban sus cabezas de sus conejeras, y asomaban un ojito, a ver qué pasaba. Lo mismo hacían las serpientes y las hormigas, cada una desde su agujero. Los campesinos hacían igual, desde las ventanucas de sus casas lejanas. Las urracas y los gorriones, desde sus nidos..., y así todos aquellos a quienes no llegaban los tiros de *Comeperros*, pero que le tenían miedo a pesar de todo.

Los disparos sonaban seguidos, de un modo imponente; pero, además, cada tiro tenía seis o siete ecos por todas las montañas. Así es que el ruido era aterrador.

De pronto se oyó el último tiro, y a los dos o tres segundos el último eco. Toda la serranía quedó en un silencio casi más miedoso que los tiros... ¿Qué había pasado, que ahora todo era callar?...

Pues había pasado, que al chimpancé se le acabaron las balas y los dineros, y que a veinte pasos estaba el querubín, echando mucho humo de su puro, para hacerle rabiar.

—¡Me doy por vencido!—gritó el chimpancé, tal vez para que se acercase *Caramelo*, que era el nombre del querubín, y cogerle y ahogarle.

El de las alitas se acercó un poco, y dijo:

—Podía romperte la ametralladora y romperte a ti la

cabeza; pero no quiero. Quiero que te hagas bueno, porque ya has sido demasiado malo.

—Yo ya no puedo ser bueno... Todos me tendrán mucho asco, y comprendo que harán bien en ello.

—Te perdonarán. Y cuando veas que te han perdonado, eso te proporcionará una alegría muy grande, muy grande. Y uno de los monitos aquellos le dijo:

—Yo creo que sería mejor que nos hiciésemos buenos.

—Sí, sí; yo también lo creo—añadió otro.

—Y yo—dijo el tercero.

—Es que he sido demasiado malo—comentó *Comeperros*—; y ni me lo perdonarán, ni yo sabré ser como debo.

—Sí—le dijo *Caramelo*—. Ahora te toca ser demasiado bueno. No te estropeo la ametralladora. Toma dinero para que compres balas si quieres seguir siendo malo; pero tú verás lo que haces...

Caramelo se fué, y *Comeperros* se quedó pensando. No durmió aquella noche, porque le habían hecho pensar en lo malo que había sido. Pero por la mañana, bien temprano, mandó a un mono por balas y a otro por bombones. Y se preparó tiros de bala y tiros de bombón.

Y al pie de su ametralladora, sin moverse de ella, se dedicó a ser demasiado bueno. ¿Que cómo lo era? Pues veréis: Si veía un campesino, le seguía con la vista, y si un ladrón o una fiera iban a deshacerle, los disparaba, los asustaba..., y el caminante podía ir tranquilo.

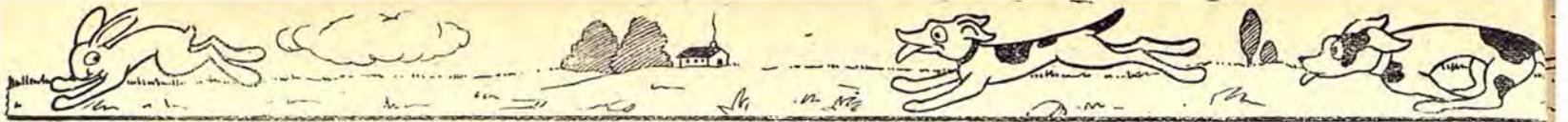
Desde la montaña de *Comeperros*, que era muy alta, se protegía a los inocentes contra los que eran más fuertes que ellos. Y con las balas de bombón, se enviaba alimento de chocolate a los hambrientos.

Si una nube de tormenta venía a destruir las siembras, *Comeperros* apuntaba hacia arriba y la hacía huir. Pero si era de

buena lluvia, la dejaba pasar y que descargara su agua suavemente. En fin: yo sé que el niño Emilito Botijo, que no había crecido casi por el miedo de aquellos tiros de las ametralladoras, ahora le llevaba todos los días la comida a su padre, que era leñador. Y cuando los ladrones o los tigres le veían, salían huyendo, porque sabían que *Comeperros* no dejaba a nadie que se acercase a Emilio.

En cambio, de cuando en cuando sonaba un tiritito..., y a los pies del salado chiquillo caía un bombón estu-

el perro,
el ratón y
el gato...



El pregonero

El periódico chiquitito y como juegan y se divierten los animales.



RESPETABLE público:
De orden del Exmo. Sr. Alcalde de Villacaballos de Cartón, todo "ciudadano" de menos de quince años está obligado a leer el próximo número de *EL PERRO, EL RATON Y EL GATO*, que contiene algunas cosas de gran maravilla.

Empieza con una gracia de Trespelos, que cada vez tiene mejor humor, y a la vuelta veréis a Carloto Perra, en su aventura con unos chicos y contra los mangueros, que hasta para eso le vale la jaula.

Publicase luego la maravilla de las maravillas: un número de *EL PERRO, EL RATON Y EL GATO* completo, pero de tamaño muy pequeño, y que vosotros tenéis que doblar cuidadosamente y guardar como una joya.

Bombón sale de la Casa de Fieras en un automovilito de juguete, sin que se entere el niño que lo lleva, y después viene un lindísimo cuento que para vosotros ha escrito Manuel Abril.

Don Dedos hace una cosa mala y otra buena, y tiene un compañero, manco también. El Naturalista nos regala con una crónica muy divertida, diciéndonos en ella cómo juegan algunos bichos. Y el Príncipe P P pasa un susto con unos hombres amarillos..., y no os queremos decir si le ahogan o no en el mar.

Villacaballos ofrece a sus partidarios, que ya sois muchos, uno de los mejores pliegos: una familia de labradores ricos, con sus bueyes de arar, sus cerditos, sus caballos y su mastín. Y, antes que nada, con un hijo y una hija.

La Casa de la Risa, que en sus habitaciones tiene chistes y en sus pisos historietas, viene esta vez en colores. ¡Habrá que ver el tejado colorado! Dice un chico amigo mío, que eso es lo que más ganas tiene de ver: el tejado.

Chin y Bely, o Bely y Chin, tienen ganas de broma esta vez, y juegan y se divierten con unos amigos del bosque, entre los que hay unos monos, un chico, unos patos y un hipopótamo.

Y sigue la novela, o sea "La Jornada de la Muerte", que cada vez tiene más interés y más bonitas estampas, y siguen los pasatiempos dedicados a los juguetes de Manolito, que tanto han llamado la atención de nuestros lectores "pasatempistas".

Y al final vienen las correspondientes preguntas a niñas, chicos y muñecas; y que están gustando tanto sus pinturas, que yo sé de muchas chiquillas que quitan las letras y lo ponen en cristal, como un cuadrado de colores muy lindo. Pero es una lástima romper el periódico.

¡Compre, compren *EL P., R. G.* (o sea *EL PERRO, EL RATON Y EL GATO*) de la próxima semana, que viene bueno!...

He dicho.

EL PREGONERO.

Chistes de Pepín.

—Entre el gallo y la gallina, ¿cuál de los dos pierde más con el matrimonio?
—La gallina, porque dicen que el que más pone más pierde.

El profesor sí.

MEL, Gas y Bal habían estado con Manolín echando la cometa y soltando la cuerda cuando estaba alta.

Estuvieron viéndola hasta que desapareció detrás de las montañas. Entonces volvieron los cuatro cantando eso de "¡Hay que ver, hay que ver las faldas que hace un siglo llevaba la mujer!", tan viejo ya. Y cuando llegaron a la ciudad, Mel, Gas y Bal se fueron a casa del Profesor Sí, que los esperaba regando los tiestos del balcón, y hasta les cayeron algunas gotas en la cabeza.

—Venga la pregunta de Bal.

—¿Sabe usted qué es eso de haber emitido los latidos de un corazón?

—Sí—dijo el señor Sí—; ya se habrán hecho discos de gramófono, para uso de la ciencia, con golpes de corazón enfermo. De ese modo los médicos lo pueden estudiar allí con perfecta calma, y hasta servirá para llevar de un pueblo a otro el disco si el enfermo está en un lado y el médico en otro. Pero ahora se hace por radio, y el otro día, en Buenos Aires, se pusieron unos enfermos ante el micrófono, y con amplificadores del sonido, llegaban a España sus latidos, de modo que un especialista en enfermedades del corazón, que es español y vive en Madrid, pudo diagnosticar, o sea decir las enfermedades que padecían aquellos desgraciados, e inmediatamente enviar él sus opiniones acerca de lo que los enfermos habían de hacer para curarse. ¡Qué cosas más maravillosas vais a llegar a ver los jóvenes!... ¿Qué nos pregunta Mel?

—¿Sabe usted cuánto es mayor el Sol que la Tierra?

—Sí—dijo el señor Sí—; un millón cuatrocientas mil veces mayor. Viene a ser como si un grillo se escapara de la jaula y se quisiera comparar con el elefante... ¡Otra pregunta!

—¿Es importante el hombre en las maquinarias?—preguntó Gas.

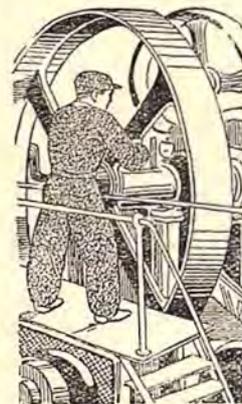
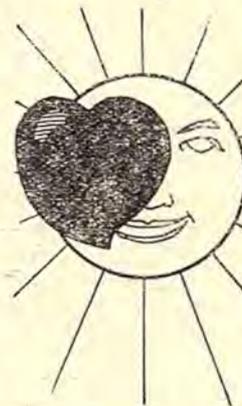
—Sí—dijo el señor Sí—; muy importante. Precisamente monsieur Hine ha tenido la curiosidad de coleccionar un gran número de fotografías, y en todas ellas se ven máquinas importantísimas; pero en todas ellas, también, se le ve al hombre regulando la máquina, haciéndola andar, frenándola, arreglándola. Este señor quiere demostrar, con esta colección de fotografías, que no debe pensarse en despreciar al hombre, al obrero, por la invasión de la maquinaria porque, en definitiva, el hombre es la pieza más importante de ella siempre.

Tenía razón el Profesor Sí y el otro señor.

CINCOMANOS.



El corazón de la radio y el tamaño del sol. Las máquinas.



Curiosidades.

El águila puede mirar al sol, porque posee un velo semitransparente en los ojos, que le impide el deslumbramiento.

Eso, además, le da aspecto de poder decir al astro del día:

—Sí tú eres el rey de los planetas, yo soy el rey de las aves, conque ya lo sabes.

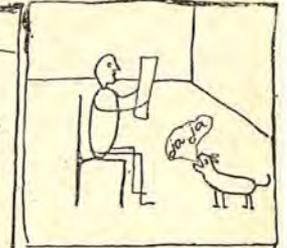
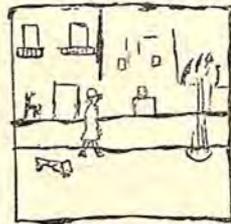
Para que se produzca la voz del hombre, es preciso que se pongan en movimiento cuarenta y cuatro músculos chicos que poseemos.

—Ni que fuera un orfeón de músculos!—dice Bombón.

La persona, el animal y el mueble

Concurso para los dibujos que se publiquen desde el 26 de julio hasta el 13 de septiembre. Premios: un paquete de libros al mejor, y un balón al más gracioso.—Bases que habéis de leer con mucha atención antes del envío, si no queréis que el dibujo se caiga en el cesto:

1.ª—Cada uno de los dibujos vendrá acompañado del CUPON.—2.ª Sus cuatro lados tendrán exactamente SIETE CENTIMETROS cada uno.—3.ª Estarán dibujados con tinta NEGRA.—4.ª Tendrá una PERSONA (sea hombre, mujer, niña o niño), un ANIMAL (insecto, pez, ave o cuadrúpedo), si no es copia de uno de los tres bichos de este periódico) y un MUEBLE o un cacharro.—5.ª Se acompañará muy CLARO el nombre.—6.ª Pondréis la siguiente dirección: "EL PERRO, EL RATON Y EL GATO. Dibujos. Apartado 33. Madrid."



126.—Esperanza Solis. Madrid.

127.—Aurorita Bacaicoa. Cartagena (Murcia).

128.—Amador Camba. Valencia.

129.—Aurorita Bacaicoa. Cartagena (Murcia).

130.—Aurorita Bacaicoa. Cartagena (Murcia).

131.—María del Pilar Bacaicoa. Cartagena (Murcia).



132.—María del Pilar Bacaicoa. Cartagena (Murcia).

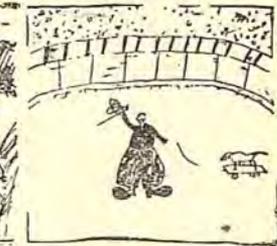
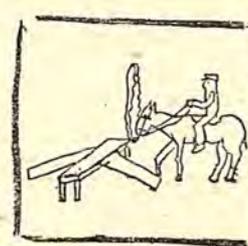
133.—María del Pilar Bacaicoa. Cartagena (Murcia).

134.—María del Carmen Barroso. Madrid.

135.—María del Sudor Redondo. Sanlúcar de Barrameda.

136.—María Esther Ramírez. Barcelona.

137.—Fernando Ramírez. Barcelona.



138.—Enrique Ramírez. Barcelona.

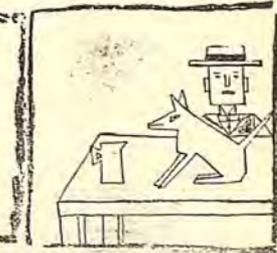
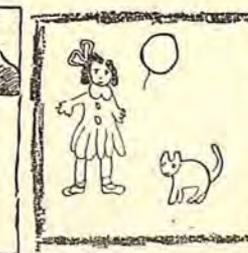
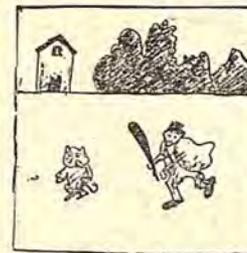
139.—José Sanz Arce. Valladolid.

140.—María del Carmen Barroso. Madrid.

141.—Rafael Fernández. Madrid.

142.—Ofelia Santonja. Madrid.

143.—Matilde Cabo. Madrid.



144.—Ofelia Santonja Pastor. Madrid.

145.—María Luisa del Ocio. Bilbao.

146.—Matilde Cabo. Madrid.

147.—Matilde Cabo. Madrid.

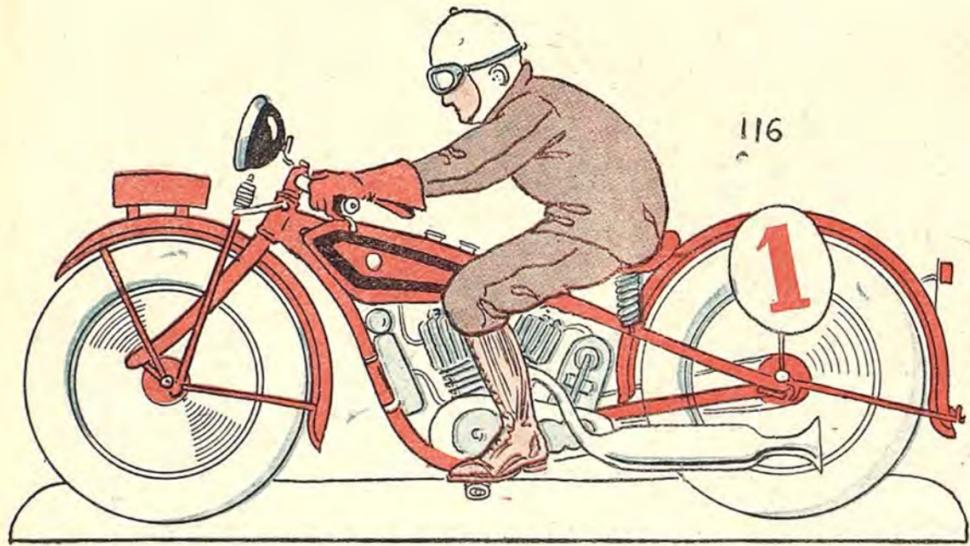
148.—Manoli Huarte. Pamplona.

149.—María Esther Ramírez. Barcelona.

COMENTARIOS QUE HACE EL GATO A DIVINO MIRANDO LOS DIBUJOS INFANTILES

126. Sí, señor; esa alameda es formidable. La vamos a llamar la Alameda de la Esperanza.—127. De película, Aurorita, de película. Es un primer actor de película.—128. Muy bien. Pero si no se sale uno a tomar allá lejos el sol en una silla, no hay mueble, ¿eh?—129. De novela, Aurorita, de novela. Es una figura de novela, en una despedida de mar.—130. ¿No te decía yo que a las películas les tienes afición? ¡Vaya un Charlot más formidable!—131. Me gusta mucho el dibujo de María del Pilar, ¡sobre todo la risa del can!—132. Este dibujo me emociona, porque es un ejemplo que hay que seguir: soltar los pájaros.—133. ¡Superior! La pelota cae en el agua, y resulta como una araña. ¡Magnífico!—134. Sin colores ni nada, y ya ves cómo se adivina que la jaula es dorada.—135. Todo el dibujo es saladisimo, chiquilla; pero como el pato, nada.—136. Esta ventana es la ventana más bonita de todo Villacaballo, querida Esther.—137. Ese empedrado dice "Bómbón" que parece un besugo encarnado, pero que está formidable, y es verdad.—138. Y este dibujo está igualmente formidable. Casi se oye la máquina de escribir.—139. He aquí al simpático vallisoletano; cómo se conoce que es de donde la Academia de Caballería. Bien, Pepete.—140. A mí me parece que la muñeca de María del Carmen está dibujada con mucha gracia.—141. Está tan divinamente la obra de Rafael, que quisiera ver qué ha pintado en los tres cuadritos de la pared.—142. ¡Magnífico! ¡Magnífico! Esas montañas están soberbias. Y el ratoncillo de Ofelia quiere subirse a la silla, porque le choca ver una silla en las montañas.—143. Este dibujito de la señorita Matilde tiene tanta gracia como las películas dibujadas.—144. Esta Ofelia es viajera. Unas veces en los Alpes, otras veces en China. Este dibujo tiene una enormidad de detalles muy chinos.—145. ¿No se ve divinamente que María Luisa es una gran artista? Sí se ve.—146. Este cuadro de Matilde me está abriendo el apetito; ya ves si estará bien.—147. ¡Bravo! ¡Bravo! ¡Qué dibujo tan estupendo y tan gracioso!—148. Le he tenido que poner una raya gorda al dibujo de "Manoli", porque el globo se escapaba, de bien hecho.—149. Un dibujo cubista de María Esther. El rabo del perro está muy bien resuelto.—El dibujo número 78, publicado, es obra del dibujante infantil Adalberto Hevia.

Todo el pueblo de Villacaballos de cartón



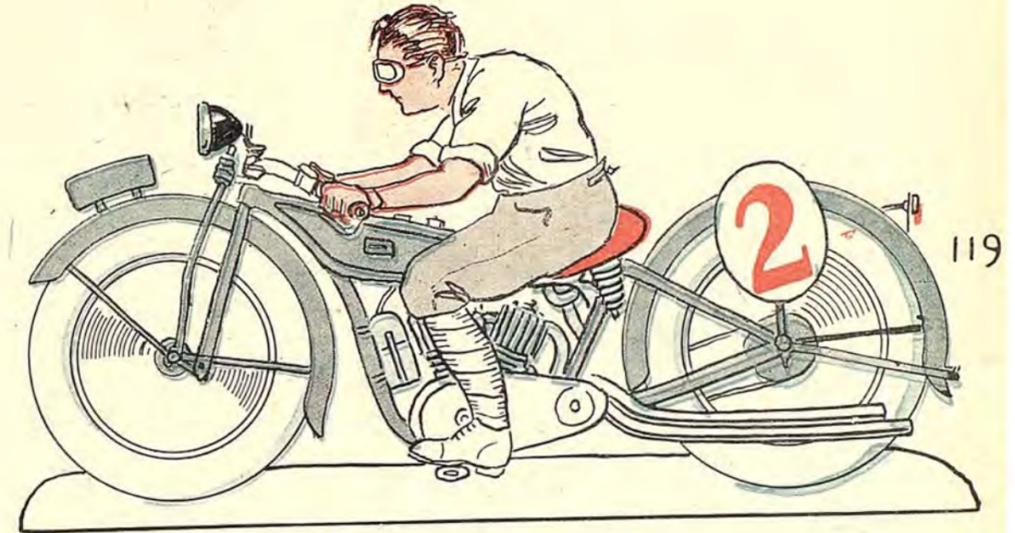
116



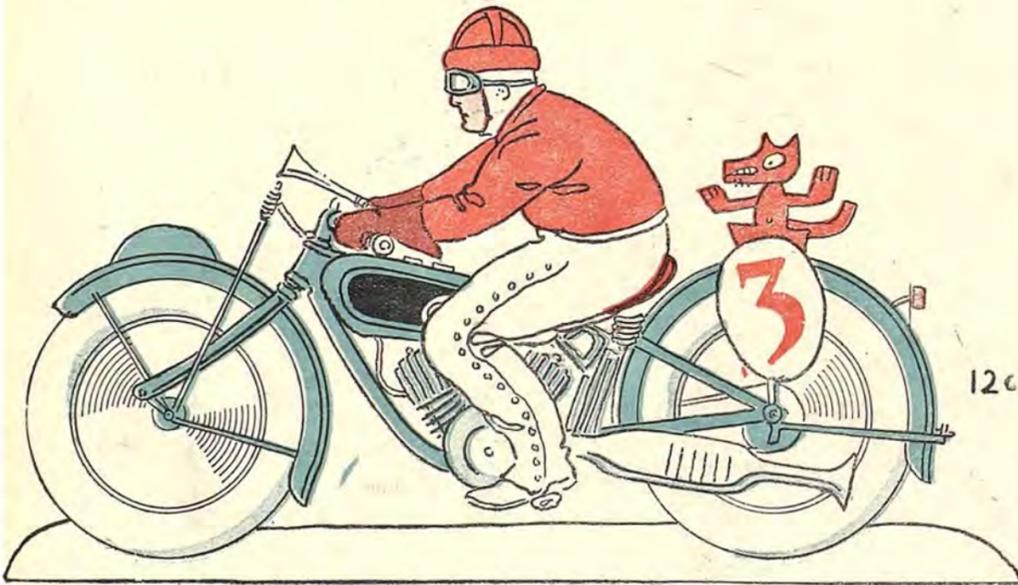
117



118



119



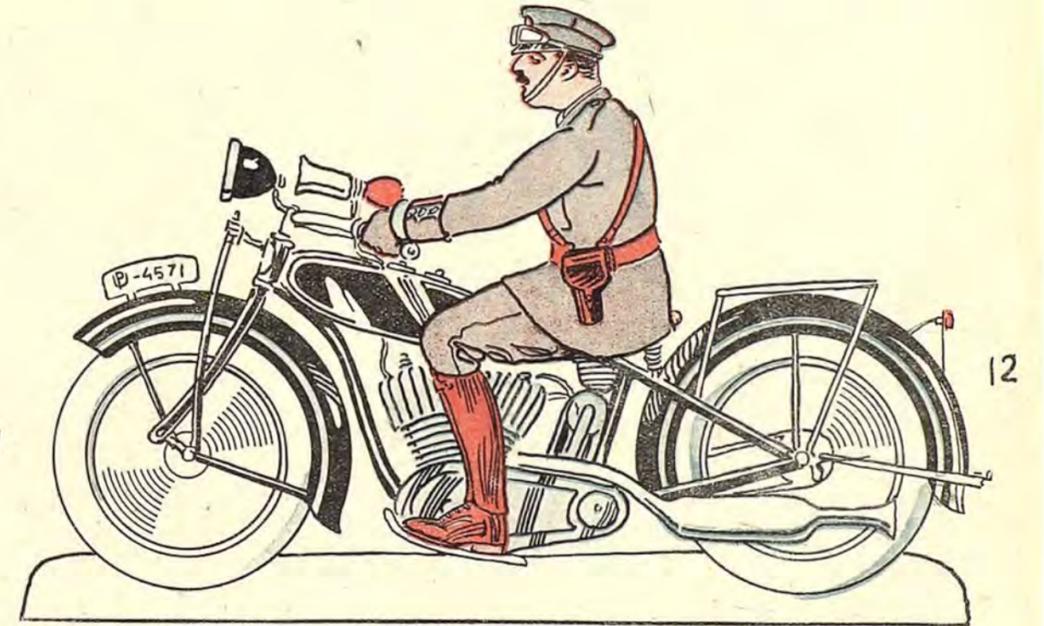
120



121



122



123

LA FRASE DE

DON QUIJOTE

La frase que se publica en el número 9 pertenece al capítulo

(Este cupón no se enviará hasta no reunir 40 o 42 de esta serie.)

CUPÓN para enviar un di-

bujo

No se remita sin saber bien las condiciones del concurso.

PLIEGO NOVENO.—Como en Villacaballos hubo el otro día unas carreras de motocicletas magníficas, hoy publicamos algunas de sus más importantes figuras: 116. Manolo Flecha, ganador, al que llamaba el público el "buzo" por lo tapada que llevaba la cabeza. Algunos preguntaban que cómo era que no pasaba Flecha, y es que había pasado sin que le vieran con la velocidad.—117. El marqués de Pisacerros, organizador de las carreras y jurado; no es joven, pero es muy elegante.—118. El doctor Constipate, recién salido de la Facultad, muy deportista también, que tuvo que curar a un carrerista que se había dejado dos dedos dentro del guante, y el guante a doce metros del accidente.—119. El carrerista "Tito" Cebrá, favorito del público por su simpatía, que llegó el segundo, que como la carrera duró doce horas, cuando tenía hambre cogía fruta de los árboles a toda velocidad.—120. Tercer premio: Luis Paradas, que llevaba en la "moto" una mascota, que era el "Perro Trespelos", que sin duda le hizo ganar premio, entre 22 que eran los corredores.—121. El hijo de los duques de Saldemar, jurado en las carreras, que dicen que es el que más entiende de "autos" en Villacaballos, a pesar de su juventud.—122. Mamerto Lunar, de la Cruz Roja, hombre de buenos sentimientos, que una vez llevó dos heridos cargados a costas más de diez kilómetros. Es casi un santo.—123. El policía Ismael Bocinas, que una vez sacó de unas alcantarillas que cruzaban la carretera dos ladronzuelos que habían robado dos sombreros de copa a un conde, para disfrazarse en Carnaval.

La sección que más me gusta en el perro, el ratón y el gato es

.....

y la que menos

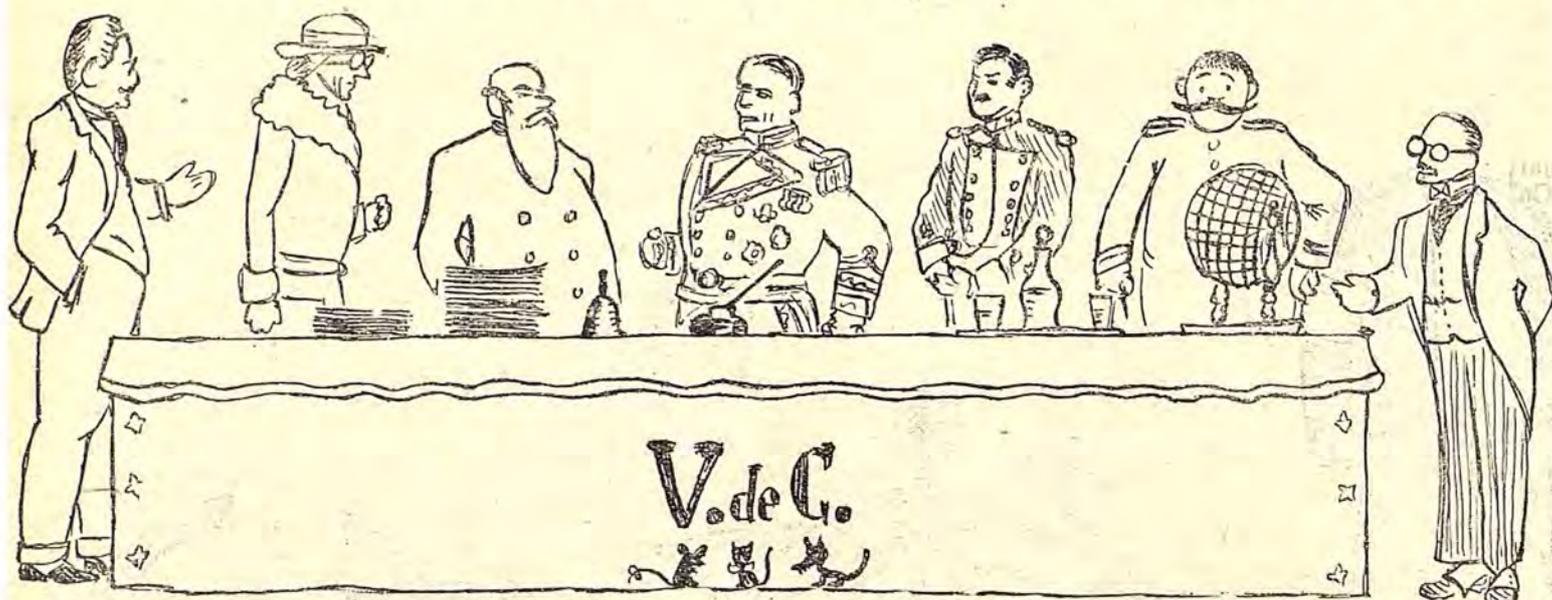
.....

EL GATO ADIVINO

Cupón A para el envío de las soluciones correspondientes a los números 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15 y 16.

(Dibujos de Oscar.)

PRIMER CONCURSO DE PASATIEMPOS Y SEGUNDO DE DIBUJOS INFANTILES



Las autoridades y jurados de Villacaballo, reunidos para fallar el primer concurso de pasatiempos y segundo de dibujos infantiles de EL PERRO, EL RATON Y EL GATO. De izquierda a derecha, don José, catedrático de la Universidad; la señora Laibach, del Colegio de la Buena Letra; e Iotro don José, o sea el espléndido alcalde; el almirante Arboleta; el capitán de la Guardia civil, L. Calatrava del Castillo; el buen jefe de los municipales, y el pequeño secretario del Ayuntamiento de Villacaballo. Todos ellos han figurado en nuestros pliegos, como recordarán los lectores.

Resultado del primer concurso de pasatiempos:

Reunidos los arriba retratados y abajo firmantes, se han examinado detalladamente los cientos de soluciones enviadas al primer concurso de pasatiempos, resultando que 17 pasatiempistas han resuelto exactamente los 16 juegos, cuyas soluciones eran las siguientes:

1. Tocino de cielo.
2. Pato.
3. De. Ave.
4. Tomás. Tela. Oleo. Mano. Arma. Seda.
5. Bolos.
6. Besugos.
7. Brazos. Mundo.
8. Adela. Amar. Dado. Ella. Lupa. Alba.
9. Dos payasos.
10. Gato.
11. Pobre. Que.
12. Juana. Jaén. Unos. Alma. Nido. Azul.
13. El perro.
14. Caballo.
15. Nieve. Nunca.
16. Ramón. Rata. Abel. Mora. Otra. Nada.

Se advierte que los dos pasatiempos más difíciles han sido el 9 y el 14, en los cuales se han estrellado las despiertas imaginaciones de cientos y cientos de niños.

Los diecisiete que han llegado hasta el fin sin tacha, son los siguientes, cuyos nombres quedan en nuestra colección como un honor que hacemos al periódico:

1. Jesús Sierra y Carre. Señores de Luzón, 11, 2.º derecha. Madrid.
2. Manolita Doncel. Bocángel, 6 duplicado, 1.º, centro derecha. Madrid.
3. Adolfo Martínez Gamero. Avenida del Valle, 32. Madrid.
4. Rafael García Iborra. Bocángel, 8. Madrid.
5. Carlos María González. Zurbano, 20, pral. dcha. Madrid.
6. Antonio González y González. Andrés Mellado, 28. Madrid.
7. Esperanza Varo Casas. Alfonso XII, 13. Madrid.
8. Lolita Alegre Gorris. Luis Cabrera, 32. Madrid.
9. Maruchi Martín. Calle de la Fábrica, 2. Naval Moral de la Mata (Cáceres).
10. Fernando Ruiz Morales. Libertad, 16. Madrid.
11. Lorenzo Garín. Avenida del Conde de Peñalver, 15. Madrid.
12. Fernando Borges Vélez Bracho. Plaza de Cervantes, 20. Ciudad Real.
13. Carmencita Beloqui. Pelayo, 9. Peñarroya (Córdoba).
14. José Luis González Lacasa. Jorge Juan, 22. Madrid.
15. Amparito Gaya Nuño. Vadillo, 8, 1.º. Soria.
16. José Antonio Aguilar. Calle número 1, manzana 31, chalet número 3. Ciudad Jardín. Sevilla.

Sorteados entre ellos cuidadosamente los tres premios, resultó que el primero, o sea el MECANO, que ha estado expuesto

en los escaparates de Medel, de Madrid, y unos libros además, corresponde a:

FERNANDO BORGES VELEZ BRACHO
Plaza de Cervantes, 20. Ciudad Real.

(Ponemos las señas para que se compruebe su existencia, y además, si se quiere, que no tuvo nunca relación con nosotros.)
Y el segundo y tercer premios, consistentes en libros, corresponden a:

JESUS SIERRA Y CARRE, de Madrid
y **AMPARITO GAYA, de Soria.**

Todos ellos nos han de comunicar cómo ha de enviarse el premio a su domicilio, acreditando, claro está, su personalidad.
¡Que sea enhorabuena, y hasta la próxima!

Segundo concurso de dibujos infantiles

Reunidos todavía esos señores que hemos dicho ya, examinan con detenida atención los noventa dibujos publicados en los números 5, 6, 7 y 8, y deciden, por unanimidad, dar el premio correspondiente al mejor dibujo, consistente en un paquete de libros, al autor del número 39, llamado:

CARLOS BALLESTEROS

Igualmente deciden dar el premio de dibujo "salao", que consiste en un juguete "salao" también (un AUTO), al autor del número 55, llamado:

MAXIMINO SANZ PEREZ

Pueden ambos señores acreditar su personalidad, y recibirán los premios correspondientes.

Y animense todos, que con el tiempo para todos habrá premios.

Villacaballo de Cartón, a 16 de julio de 1930.—*El Alcalde, El Catedrático, La Profesora, El Almirante, El Capitán, El Jefe de Municipales, El Secretario.*

Confirmamos que el sorteo y selección se han hecho escrupulosamente.—*La Dirección.*

Madrid, 16 de julio de 1930.

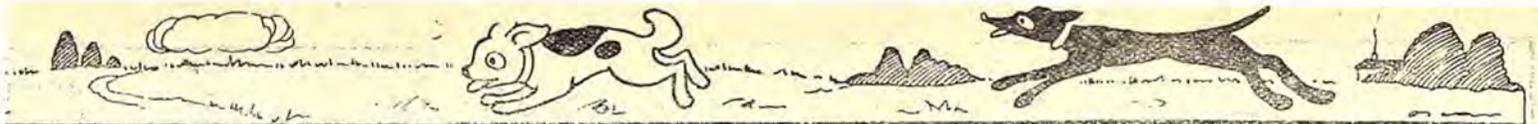
Los números 7 y 8, en sus páginas del Gato Adivino (líneas séptimas de los pasatiempos 8 y 11), dicen: "hasta cuatro de cuatro letras".

Bien se comprende que quiere decirse en el pasatiempo 8: "hasta cuatro de seis letras", y en el 11: "hasta cuatro de siete letras".

Si alguno no lo hubiera comprendido así, tiene la próxima semana para enviar la rectificación.

**el perro,
el ratón y
el gato...**

Ayuntamiento de Madrid



A los numerosos chiquillos que visitan la Casa de Fieras, de Madrid, hay dos cosas que les chocan mucho. Una es muy grande; la otra, muy chica. La grande es el elefante; la chica, los pajarillos.

El mago Botijo.

Cuando yo entré en la Casa de Fieras, todo el mundo me miró mucho, porque la gente no se acostumbra a ver al *Mago Botijo* andar por ahí. Vi los tigres, los leones, la hiena, el jabalí, que todos están en una fila de jaulas.

A mi lado había un chiquito, y al ver cómo entraban los gorrioncillos por entre los barrotes, exclamó:

—A mí me da miedo verlos ahí...

—Y a mí—le contesté yo.

No podéis imaginaros, si sois lectorcitos, que, por estar lejos de Madrid, no habéis visto esta Casa de Fieras, cuántos son los gorriones que se meten en las jaulas de las más terribles fieras a picotear de las comidas.

Los leones y los tigres ni los miran siquiera. Pero creedme que da miedo verlos entrar derechitos por entre los barrotes y estar tranquilamente andando entre las garras de aquellos feroces animales.

Yo me llevé, con este motivo, un grato recuerdo de la visita, y hasta tomé gran cariño a las fieras, a pesar de oír las después rugir terriblemente a la hora de llegarles la carne cruda que les dan de comer.

Con la comida en las garras, serían capaces, por defenderlo, de matar a veinte hombres. En cambio dejan en paz a un solo gorrioncillo que brinque, juegetee y picotee cerca de sus colmillos espantosos.

El elefante de Madrid tiene tres amigos, hijos de buena familia, que todos los días entran en el parque a ofrecerle algún obsequio.

Uno de ellos, llamado José María, le trae de su casa un panecillo. Yo he tenido el gusto de hablar con ese muchacho, que existe de verdad. Me decía:

—Hace dos años que se lo traigo. Al principio me daba mucho miedo, y papá se empeñó en que me acostumbrara.

—Hizo bien. Ahora te alegrarás de que te convenciera, ¿verdad?

—Ya lo creo. Para mí es una alegría ver cómo me conoce y con qué cuidado saca la trompa. Cuando estuve enfermo tres días, yo tenía mucha tristeza por si él se acordaría de mí. Pero luego le traje los tres panecillos de los días que no vine.

Igual que José María hay otro niño, y una niña preciosa que le da cacahuetes, uno por uno, que el elefante coge cuidadosamente en la punta de su trompa, de manos de la muchacha.

Cerca hay una mujer que vende cosas para el que quiera darle *merienda* al elefante.

EL MAGO BOTIJO



Unos animalitos muy chiquitines y un animal muy grande, muy grande.



El enano Tachuela, dueño, como ya sabéis, de una tienda de muebles que todos llevan su poquito de magia, vendió hace pocos días, a un matrimonio, una percha y una rinconera para poner macetas, con cuatro patas largas.

Aquellos señores colocaron los dos muebles frente a frente y empezaron a vivir en paz; pero pronto la tranquilidad cesó, porque pusieron en la rinconera un tiesto, lo sembraron, salieron plantas y flores, y todos los días, cuando venía el profesor de los niños y dejaba el gabán en la percha, se acercaba la rinconera, con sus patitas largas de potrillo, y la percha alargaba uno de sus ganchos como un brazo, arrancaba una flor y se la ponía en el ojal al gabán del profesor.

La dueña de la casa, que tenía mucha pasión por las flores, se incomodaba con el maestro aquel, y un día fué ella y le quitó la flor y le puso una cebolla.

El profesor se incomodó mucho, y dijo que él no se ponía las flores, que no le echaran la culpa y que no anduvieran con bromas de ajos ni de cebollas porque no volvería más.

Pero al día siguiente le volvieron a encontrar la flor, y ahora le puso la señora una hoja de lechuga.

Volvieron otra vez a regañar al profesor y la mamá de los niños.

Y al día siguiente, al pasar dicho caballero por al lado de la rinconera, ésta se inclinó a propósito, se tiró al suelo y el tiesto se hizo mil pedazos.

¡Oh, qué gran disgusto!

La señora estaba empeñada en que había sido cosa del profesor, que al pasar lo había enganchado con mala intención, para molestarla por su cariño a las flores.

La señora se pasó de mal humor toda la mañana, y se la oía gruñir por los pasillos, por la cocina y por todas las habitaciones.

Entonces la percha remató la broma, y fué y metió el gancho con todas sus fuerzas por el sombrero hongo del profesor, hasta que lo atravesó.

Terminó el profesor la clase; lo vió; se incomodó, y, con grandes voces, dijo a la señora que era muy impertinente. Lo oyó el marido, que estaba en el despacho; se incomodaron los dos hombres; se llamaron "mal caballero" y "mala persona", y se pegaron, cayendo por el suelo rodando.

En la pelea tiraron la percha y la rompieron. Luego tiraron la rinconera y la hicieron pedazos. Y uno de aquellos pedacitos, cuando le llevaban a la lumbre, dijo:

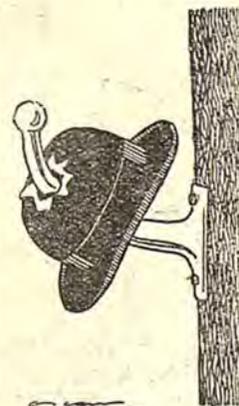
—En la hora de mi muerte, confieso que lo que pasó fué esto y esto—y lo contó.

Entonces hicieron las paces con el profesor.

El mueblista.



La rinconera que primero pecó, pero que luego confesó su delito.



LAURO DE LA SANDÍA.

Un actor de recursos

—Cuando vi que me apuntaba con un revólver, que no era de guardarropía, se me pusieron los pelos de punta.

—¿Cómo los pelos de punta, si eres calvo?

—Sí; pero ten en cuenta que llevaba puesta la peluca.

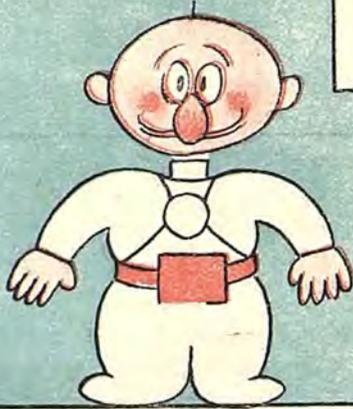
Chistes de Pepín.

Curiosidades.

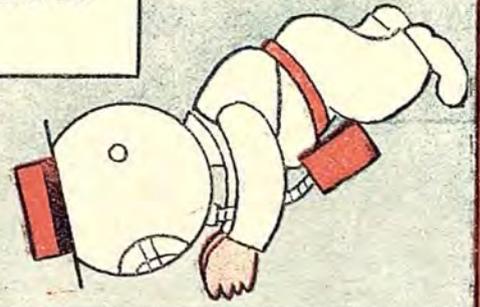
Madrid está a 640 metros sobre el nivel del mar, en la falda de la sierra de Guadarrama. El río Manzanares la baña los pies.

Inventos de Cacahuete

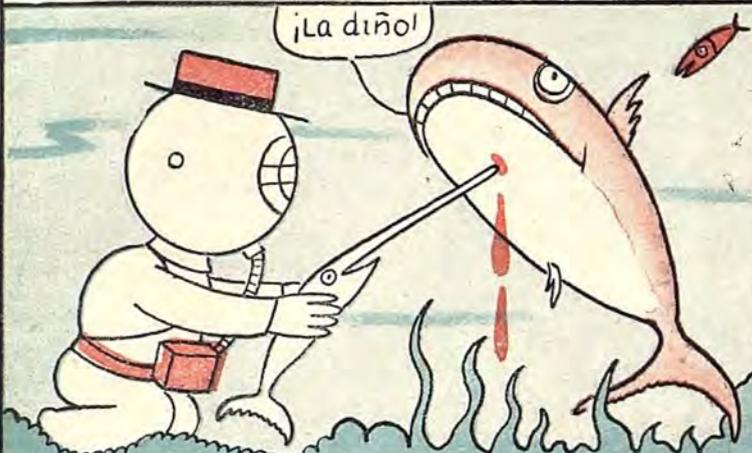
por Menda



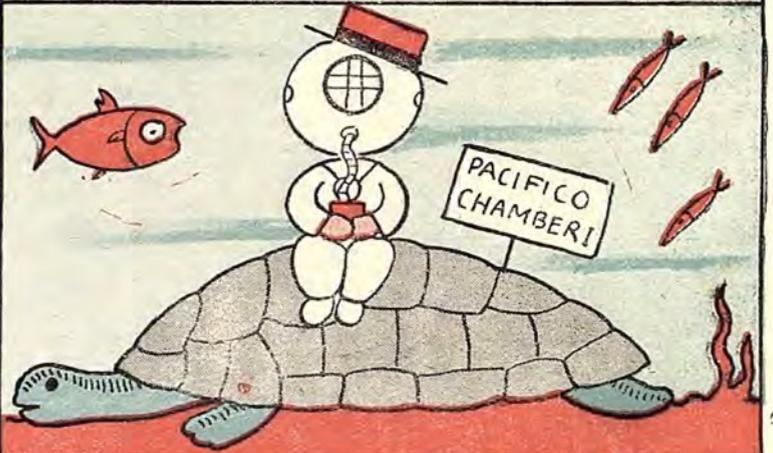
Ha inventado nuestro amigo una escafandra de abrigo



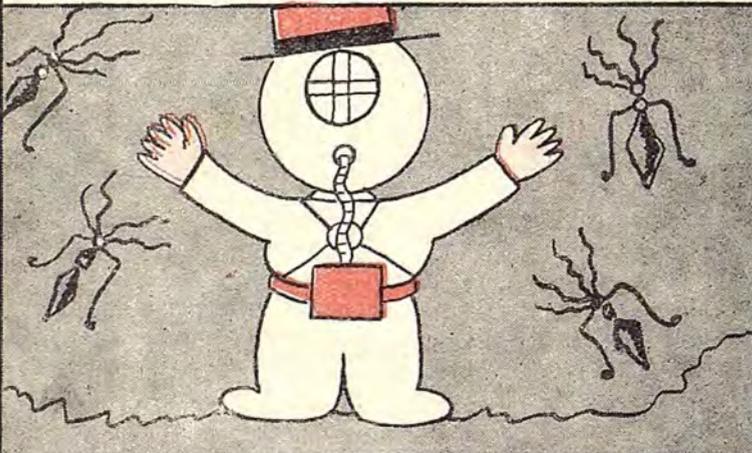
Con ella se lanza al agua muy cerca de Nicaragua.



Como coge un pez espada los monstruos no le hacen nada.



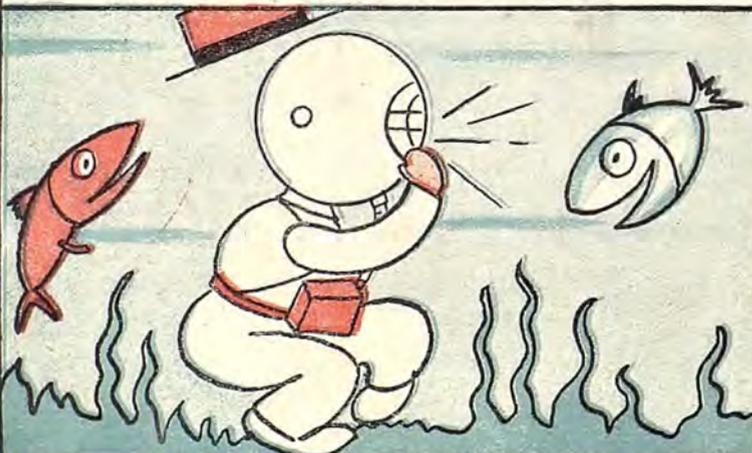
En tortuga de alquiler otros mares se va a ver.



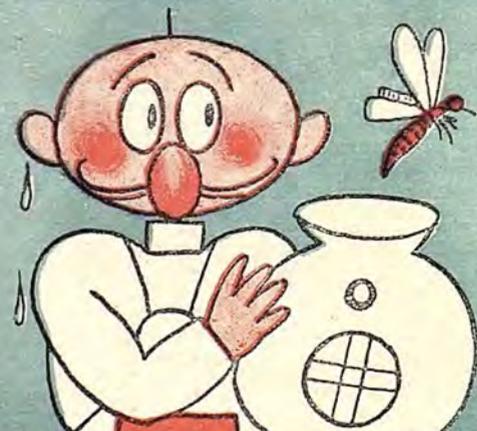
El mar Negro es de los mares en el que hay más calamares.



En el Rojo, Cacahuete ve que abunda el salmonete



Toma el viaje mal cariz pues le pica la nariz.



Y la cosa tiene chispa, ¡había dentro una avispa!

el perro,
el ratón y
el gato...

Ayuntamiento de Madrid

MEDA

Los domingos de Chin y Bely



Pues, señor, *Chin* y *Bely* comieron de postre, en casa de sus tíos, unos albaricoques muy ricos, muy ricos, y cogieron otros dos cada una, diciendo que eran para ellas; pero ya podréis suponer que pensaban en sus amigotes del bosque.

Se pusieron unos sombreritos muy lindos las dos, *muy preciosísimos*, que había hecho la niña para el calor, y subieron monte arriba.

No olvidaba ella el hambre de aquellas fieras terribles, que querían comerse los turistas de un dirigible.

Bely pudo lograr que las personas se salvaran; pero se pasó la semana preocupada, pensando en el hambre que habrían pasado *los pobres animalitos*, como ella llamaba a las fieras imponentes.

—Hoy nos vamos a jugar el vestido y algo más que el vestido —dijo la niña—, porque tengo una idea en la cabeza, y se la tengo que proponer a los bichos feroces frente a frente.

—Hagamos lo que tú quieras—respondió la hermosa muñeca—; así veremos de cerca a esos animales tan bonitos. Y si nos comen, siempre habrás cumplido con tu obligación de ser buena hasta la muerte...

Cuando empezaban a entrar en el bosque de grandes y espesos árboles, tenían un poquillo de miedo. Ningún domingo habían tenido tanto miedo. Hasta les temblaba la voz y andaban casi en puntillas.

Por fin, vieron en un árbol a un mono pequeño que, a falta de otra cosa que comer, estaba chupando piedrecitas suaves de río, para imaginarse que eran almendras.

Andaba por lo alto de un árbol.

—¡Eh!, amigo—gritó *Bely*—: baja, que tenemos que hablar.

Bajó el monicaco gesticulando con la boca por lo de la piedrecita, y le preguntaron:

—¿Siguen teniendo hambre las fieras?

—¡Horrible! Son capaces de comerse un guardia de la porra, como tú te comes un bombón.

—¿Y a ti te gustan los albaricoques?

—Es lo que más me gusta. Por un albaricoque daría yo ahora mismo mis dos preciosas alas.

—Pero ¿tú tienes alas?

—No, pero algo hay que decir.

—Bueno—siguió la niña—; no tienes que darme tus alas de bellas plumas para darte yo un albaricoque; tómale—y se lo dió—. Pero ahora tienes que conseguir que las fieras me oigan tranquilas. Tú las dices así: «Una niña quiere hablaros. Si os la coméis, no tenéis ni para empezar, porque es como si se repartieran entre mil leones una sardina de lata; en cambio, si escucháis lo que viene a deciros, tal vez se os acabe el hambre para siempre...» ¿Se lo vas a decir?

—Desde luego. Cumpliré, señorita *Bely*.

—Pues te ganarás otro albaricoque—le dijo la muñeca.

El mono se puso contentísimo: dió dos volteretas por el aire... y se fué en busca de las fieras. *Chin* y *Bely* le esperaban en una roca.

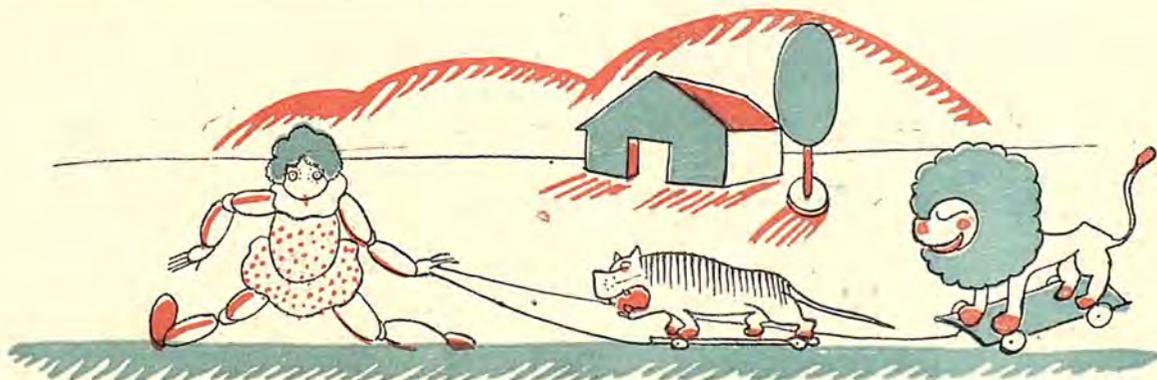
Al poco rato empezó a oírse a las fieras, que pisaban la hierba, viniendo hacia las niñas. El monito venía guiándoles desde las ramas.

Cuando todas se sentaron frente a *Bely*, ésta les dijo, mientras el mono se comía el segundo albaricoque:

—Yo sufro mucho al pensar que estáis pasando hambre. Pero no puedo traeros personas para que os las comáis, porque eso es una barbaridad. Entonces he pensado una cosa: que como el hombre es muy aficionado a ver fieras, os vengáis conmigo; allí os colocarán: unas iréis a las casas de fieras; otras, con los domadores... Yo os prometo que todas tendréis buenas colocaciones y no pasaréis hambre jamás...

Veinticinco fieras comprendieron, razonables, las palabras de *Bely*, y la siguieron a la ciudad, donde pudo darles colocación a todas; y la niña compró a *Chin*, para recuerdo, un tigre y un león de juguete, que ella llevaba atados a una cuerda.

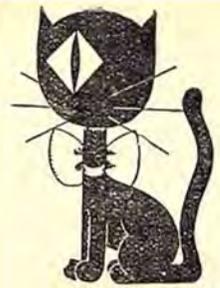
Tinita



el perro,
el ratón y
el gato...



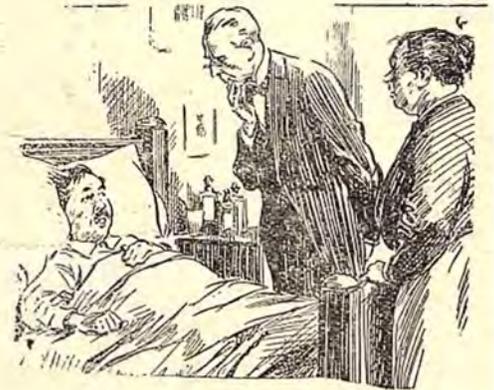
—¿Sabes algún chiste, amigo gato?
 —Algunos sé, pero todos son viejos.
 —Venga. Tenemos ganas de reír.
 —Entonces, ahí van unos pocos.



—Entre usted suavemente, sin hacer ruido...
 —¿Es tan feroz el león?
 —No; es para que no se vaya a asustar.

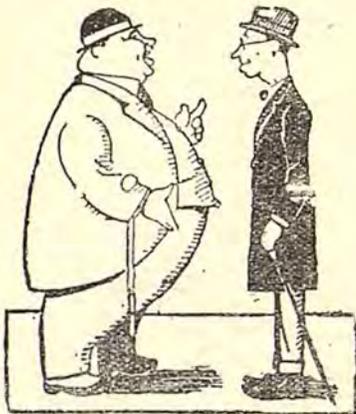


—Una ración de langosta con mayonesa, ¿qué vale?
 —Seis pesetas.
 —¿Y sin mayonesa?
 —Igual.
 —Pues tráigame una ración de mayonesa, que me supongo que entonces será gratis.



El médico.—Vamos, vamos; ya tose usted mejor.

El enfermo.—Sí, ya lo hago muy bien. He pasado toda la noche ensayando.



—Pues sí, amigo mío: son los caramelos los que me han hecho engordar así.

—Pero si dicen que los caramelos no engordan. ¿Tantos toma usted?

—No; pero vendo muchos en mi fábrica.



Lectores: a buscar ahora los cuatro jugadores de polo que van a luchar contra esos, y que están en el dibujo.

HISTORIETA FINAL



El paquete postal y su devolución

que era preciso pagar la cuenta, y la pagué, aunque lo hice de muy mala gana.

Salió el cirujano y entró en seguida el dueño de la fontana. — ¿Pero estáis bastante fuerte para montar a caballo? — ¿Qué queréis decir, capitán? — Que vamos a partir mañana.

— ¿Pero estáis bastante fuerte para montar a caballo? — Lo ensayaré, y si no puedo continuar cabalgando, tendré otros pueblos en las orillas del río donde poder detenernos. En cualquiera de ellos estaremos mejor que en éste.

— Es verdad, capitán; hay preciosos pueblos en las orillas del río, tales como Alburquerque, Tome y otros. Todos son mejores que Santa Fe, donde no se albergan más que ladrones. Partamos, pues, señor; ya estoy contento.

— Partiremos. Preparad todo esta noche, pues nos pondremos en marcha antes del amanecer.

— ¡Dios lo permita! Voy a hacer los preparativos con mucho gusto.

El canadiense salió corriendo de la habitación, al mismo tiempo que imitaba las castañuelas con sus dedos. Tanto era su contento.

Había formado la decisión de salir de Santa Fe sin que pudiera detenerme ningún obstáculo. Si mis fuerzas, que aun no había recuperado sino a medias, me lo permitían, continuaría mi viaje hasta alcanzar la caravana, si era posible, porque sabía que mis jornadas tenían que ser por precisión muy cortas en los arcales del Norte. Si no lograba mi deseo, me detendría en Alburquerque o en El Paso, y cualquiera de estos dos puntos me proporcionarían una residencia tan agradable, cuando me- nos, como la que iba a dejar.

Mi cirujano quiso disuadirme de mi proyecto, diciéndome que me encontraba en una situación muy crítica, porque mi herida estaba lejos de haberse cicatrizado. Empleé las palabras más elocuentes para pintarme los peligros de la fiebre, la garganta y la hemorragia. Vió que continuaba obstinado y concluyó su arenga preséntandome la cuenta. Subía a la modesta suma de cien pesos. Al ver aquel abuso, protesté; pero ¿qué podía hacer yo? El cirujano me amenazó con llevarme ante el juez, al oír lo cual juró en francés, español, inglés e indiano; pero todo fue inútil. Me convení de

viciosas, y en sus aparejos descubrimos multitud de borlas y madroños de lana de colores.

También notamos los potros flacos, pero de acero, que montaban los arrieros; las sillas de forma extraña y las riendas de crin trenzada. Las caras de los jinetes eran muy morenas y sus barbas puntiagudas. Al andar, sus enormes espuelas sonaban con estrépito, y no cesaban de jurar, gritando a las mulas, que castigaban continuamente.

En otras circunstancias, estas dilerentes escenas hubieran excitado mi interés. Pero en aquella época aparecieron ante mi vista como los cuadros de un panorama, o las escenas que se transforman con rapidez en un sueño cotinuado. De este modo han quedado impresas en mi memoria, y era porque tenía un principio de delirio producido por la fiebre.

No era más que un principio, y, sin embargo, desfiguró las imágenes a mi alrededor, dándoles una forma que no era natural, sino fatigosa. Mi herida empezó a hacerme sufrir de nuevo, y el sol abrasador, el polvo y la sed, añadidos al acomodo miserable de las posadas de Nuevo Méjico, me pusieron de mal humor, al mismo tiempo que aumentaron mi sufrimiento.

Cinco días después de haber salido de Santa Fe entramos en un pueblecito llamado Parida. Pensé quedarme en él hasta que llegara la noche; pero las gentes eran tan malas y las comodidades que ofrecía al viajero tan escasas, que proseguí mi marcha hasta Socorro. Este pueblo es el último sitio habitado en Nuevo Méjico cuando se acerca uno al terrible desierto que nombraban la Jornada de la Muerte.

Como Godé no había viajado nunca en aquella dirección, me había provisto en Parida de una cosa indispensable que no teníamos: un guía. Se había prestado para este servicio, y como me habían dicho que en Socorro no me sería fácil encontrar una persona que quisiera servirme de guía, no vacilé en ajustarme con él.

Era un hombre rudo, cuyo aspecto no me gustó nada; pero me fué imposible sustituirle por otro, porque resultó cierto lo que me habían dicho de Socorro, donde no podía alquilarse guía alguno a ningún precio: tanto era el temor que les inspiraba el internarse en la Jornada

Saint Vraint tardó poco en volver.

— ¡Hola! — le dije. — ¿Qué ha sucedido?

— Nada de particular — me contestó —; es un lince que nunca está dormido. Antes de que hubieran podido acercársele, había montado a caballo, el cual le puso en seguida fuera del alcance de sus crueles enemigos.

— ¿Pero no pueden seguirle montados?

— No es probable que lo hagan, porque Seguin tiene amigos no lejos de aquí, lo aseguro. Armijo, que es quien ha enviado esos infames para asesinarle, no cuenta con fuerzas que se atrevan a seguirle entre las colinas. No hay nada que temer por él una vez que ha salido de la población.

— Pero, querido Saint Vraint, decidme lo que sepáis de ese hombre singular; estoy muerto de curiosidad.

— Dejémoslo para otra noche, Haller; prefiero no aumentar hoy vuestra excitación, además de que tengo razones para separarme ahora de vos. Hasta mañana, pues, amigo mío. Buenas noches.

Después de haber dicho estas palabras, Saint Vraint me dejó solo con Godé, y pasando una noche de inquietud producida por la calentura.

CAPITULO VIII

Asaltado por dos ladrones.

La partida de la caravana para Chihuahua se había fijado para tres días después del baile.

Cumplido este plazo, me vi en la imposibilidad de seguir el viaje formando parte de ella. Mi cirujano, un mejicano sanguijuela, me aseguró que si intentaba ponerme en camino no respondía de mi vida. Como no tenía evidencia de lo contrario, me vi obligado a creerle, y, en vista de que no tenía otra alternativa, opté por la triste resolución de quedarme en Santa Fe hasta la vuelta de los mercaderes.

Enojado con mi triste suerte, me despedí de mis compañeros, que se separaron de mí con pena. Sobre todas, sentí la partida de Saint Vraint, cuya alegre compañía

cuenta. Como me había sucedido con la del cirujano, la encontré sumamente exagerada; pero a pesar de mi disgusto, la pagué.

Al amanecer monté a caballo, y, seguido de Godé y dos mulas cargadas pesadamente, salí de aquella desagradable ciudad que tan malos recuerdos me dejaba.

Durante algunos días viajamos siguiendo la dirección del río, dejando atrás muchos pueblos, entre los cuales los había semejantes a Santa Fe. Cruzamos por aceras y canales de riego y vastos campos plantados de maíz; también vimos viñas y haciendas, tanto más ricas y prósperas cuanto más nos acercábamos al sur de la provincia.

A lo lejos, tanto al Este como al Oeste, divisábamos negras montañas; eran líneas paralelas de las montañas Rocañas, de las que partían brazos que se dirigían hacia el río y en algunos puntos del valle parecía que se juntaban.

Vimos pintorescos trajes en los pueblos y en los caminos; hombres cubiertos con el serape de vivos colores, o en las mantas de los navajos; sombreros cónicos con anchas alas; calzones de pana con botones dorados, sujetos a la cintura por la faja. Vimos mangas, tizas y hombres que usaban sandalias, como en los países del Oriente. En las mujeres observamos el gracioso rebozo, el vestido corto y el bordado corpiño.

Los instrumentos de labranza que tuvimos ocasión de ver no podían ser más rudos. La carreta chillona, con sus ruedas macizas; el arado primitivo, que apenas araba la tierra; los bueyes unidos, la garrota y la incómoda hoz en manos del labrador. Todos estos objetos eran nuevos y curiosos para nosotros, que veíamos en ellos el orden más ínfimo en el conocimiento de la agricultura.

Por los caminos encontramos numerosas mulas, guías y das por sus arrieros. Las mulas eran pequeñas, ligeras y

Infielidad de un guía.

CAPITULO IX

tré monótono y después desagradable; hasta que por fin me torturó y lo escuchaba con excitación febril.

Algunos días después estuve en disposición de andar y de salir a la calle con Godé. Paseamos por la ciudad, que me traño a la memoria una extensa fábrica de ladrillos, cuando están preparados para ser cocidos a fuego. Por todas partes no vimos más que adobes; los mismos hombres de mal aspecto apoyados en las esquinas; las mismas jóvenes delgadas; los mismos gritos penetrantes y detestables.

Pasamos junto a una casa ruinosa, de la cual partieron gritos de "¡Mueran los yankees!" "¡Abajo los americanos!" No me cupo duda que estaba, entre los miserables que gritaban asomados a la ventana, el hombre que me había herido a traición; pero conocía demasiado bien lo inútil que me hubiera sido acudir en busca de justicia en Santa Fe.

Oímos los mismos gritos en otra calle y también en la plaza; y Godé y yo volvimos a entrar en la fonda, convencidos de que nuestra presencia en público no es-taría exenta de peligro. Por esta razón resolvimos no salir a la calle.

Jamás, durante mi vida, he llegado a aburrirme tanto como cuando me vi obligado a permanecer en aquella ciudad semibárbara, y casi encerrado en su poco limpia fonda. Mi situación se hizo más insupportable porque hacia pocos días que había distrajado de la compañía de gente agradable y alegre, a las cuales creía ver viva-queando en la orilla de los ríos, cantando, riendo o escuchando alguna aventura de las montañas.

Godé participó de mi aburrimiento tanto como yo. Su alegría desapareció y no volvieron a oírse los cantos de su país natal. En su lugar oí a cada momento juramentos en francés y en inglés dedicados a Méjico y a los mejicanos. Me decidí, por fin, a poner un término a nuestros sufrimientos.

—No podemos continuar viviendo de este modo, Godé— dije al canadiense.

—¡Ahí! Señor, es imposible! Qué triste! Parece que estamos en una reunión de cuáqueros.

—Estoy decidido a no soportarla por más tiempo.

había sido mi distracción durante los tres días de mis sufrimientos. Había probado que me profesaba amistad, y había tomado a su cargo el despacho de mis mercancías en Chihuahua.

—No os impacientéis, camarada—me dijo al tiempo de partir—; matad el tiempo entretanto con el vino de El Paso, y os prometo que volveremos muy pronto. Cuando eso tenga lugar, os traeré una mula cargada de monedas mejicanas. Aliviaos, y adiós, amigo mío.

Sentado en mi cama, vi, a través de la abierta ventana, los blancos toldos de los carros cuando la caravana ascendía una colina inmediata. También pude oír los chasquidos de los látigos y el grito gutural de los carreteros. Después vi a los mercaderes montar sobre sus caballos y partir al galope; entonces volví a recostarme en mi lecho y me sentí abrumado por la soledad.

Cuatro días más continué en cama lleno de agitación y de mal humor, a pesar de la consoladora influencia del vino y de los rudos, aunque cariñosos, cuidados de mi sirviente.

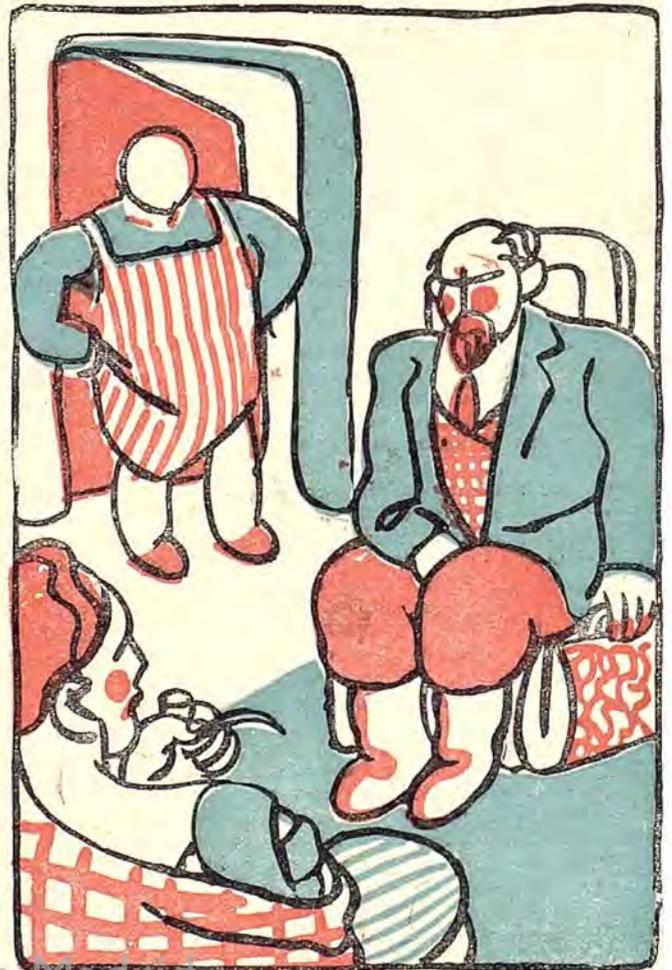
Al fin me levanté y pude sentarme junto a la ventana, desde la cual se veía la plaza y calles adyacentes, con sus líneas de casas hechas con adobes.

Pasé muchas horas contemplando cuanto sucedía fuera, porque la escena, además de ser variada, no carecía de cierta novedad para mí.

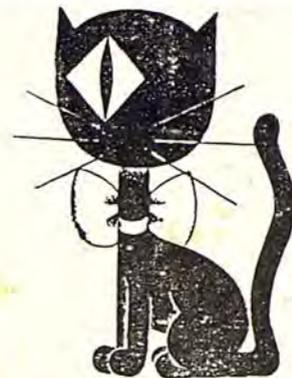
Caras tostadas y feas aparecieron medio ocultas por los rebozos, y miradas terribles brillaban bajo el ala de los sombreros. Pobladas de picante rostro, vestido sumamente corto y pies diminutos, calzados con zapato bajo, pasan cerca de mi ventana, al mismo tiempo que llegan en gran número de los vecinos ranchos indios mansos guiando sus asnos cargados con cestas llenas de frutas y legumbres, que colocan después en montones en el sucio piso de la plaza.

Los vendedores, hombres y mujeres, no cesaban de hablar unos con otros y de pregonar los artículos que vendían. Los gritos de los que ofrecían tortas de maíz, chilé, carbón, agua, pan, leche, etc., formaban un concierto extraño y discordante.

Este alboroto me interesó al principio, luego lo encon-



página del gato adivino



Concurso de pasatiempos para los números 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15 y 16
dedicado a

LOS JUGUETES DE MANOLITO

Durante estos ocho números voy a dedicar 24 pasatiempos a los JUGUETES de Manolito. En cada número se publicarán tres pasatiempos con los títulos siguientes: LA PREGUNTA DEL JUGUETE, LA COMETA EN ANDALUCIA y LOS CUENTOS DE LOS JUGUETES.

Tendréis que enviar además las 24 soluciones juntas, y acompañadas de los ocho cupones correspondientes a dichos números 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15 y 16.

Entre los solucionistas que acierten o los más próximos se regalará un automovilito de juguete con preciosísimos detalles y dos paquetes con obras literarias importantes.

Es que yo soy así de generoso, y en honor de Manolito hago yo lo que sea. Vuestro de todo corazón,

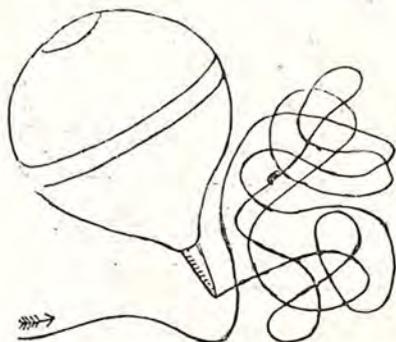
EL GATO ADIVINO

La pregunta del juguete.

(Pasatiempo núm. 1)

Don Peón es un peón que Manolito ha arrojado a tierra. Don Peón va por las rayas que se indican ahí, y al ir contornando los cruces que esas rayas tienen, se hace un lío y no lo sabe.

¿Puede decirle alguien cuántas cruces son?



La cometa en Andalucía

(Pasatiempo núm. 2)

La cometa de Manolito es arrojada al viento todos los domingos, y cuando está por el aire se le corta la cuerda y se le suelta, y esta vez resulta que cae en un pueblo de Jaén, cuyas cambiadas letras son:

LANIBE

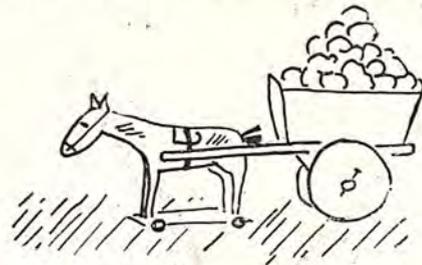
¿Qué pueblo es ése?

Las cuentas de los juguetes

(Pasatiempo núm. 3)

Manolito tiene un carrito lleno de piedras. En un montón deja la mitad. En otro montón deja 3. En otro, la mitad de las que le quedan. Y de las que le quedan ahora deja 4 en otro y él se queda con 2. ¿Cuántas piedras tenía el carrito?

Para hallar la solución no hay más que empezar desde lo último, diciendo: Si le quedaron 2 al dejar 4, es que eran 6. Si en otro montón había dejado la mitad es que eran 2; si en otro montón había dejado 4 es que eran 16..., y así sucesivamente. Después de hallarlo, debe comprobarse desde el principio.



Concurso de postín

LA FRASE DE DON QUIJOTE

Averiguar en cuál de los tres capítulos XXV, XXVI y XXVII, de la grandiosa obra de Cervantes, dice Don Quijote las siguientes palabras:

"Mejor hicieras de llamarle inferno, y aun peor, si hay otra cosa que lo sea."

Encontraréis el cupón en otra página de este número. Las bases se publicaron en los cuatro primeros números.

Premio único: una bicicleta, una muñeca de trapo, un bolsito y 1.000 pesetas.

LA RAZA

LA MEJOR REVISTA

LAS MEJORES FIRMAS

LAS MEJORES FOTOGRAFÍAS

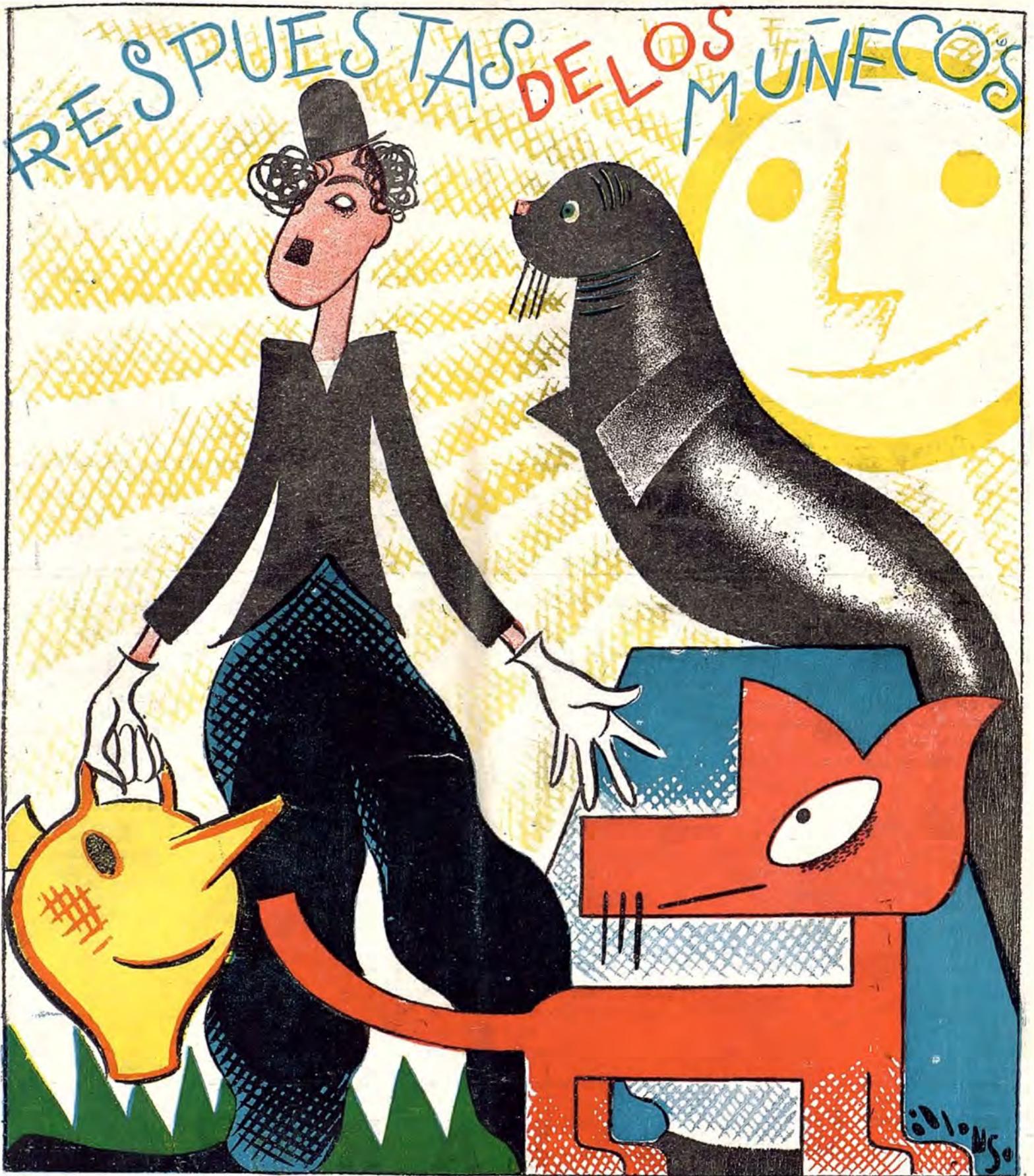
LA DE MAS ACTUALIDAD

LOS JUEVES

40 CTS.

el perro,
el ratón y
el gato...

Ayuntamiento de Madrid



- Aquí tenemos delante un monigote de trapo, que imita a "Charlot" divinamente. Está sobre mi librería. Le haremos algunas preguntas, para que los niños conozcan lo que piensa Don "Charlot".
- ¿Tú has estado en Hollywood?
 - No, tanto como eso, no; pero vengo de los Estados Unidos. Estoy fabricado allí. "Charlot" compraba muñecos iguales que yo, y se los regalaba firmados a sus amigos, poniéndolos en sus posturas características.
 - ¿Y qué te ha gustado más en España?
 - El sol y los botijos—dice "Charlot" mirando a mi cabeza—, y aprender a beber a chorro sin mancharme.
 - ¿Tienes aquí algún amigo?
 - Sí, señor; soy muy amigo del perro "Trespelos", que me hace mucha gracia. Me gustaría mucho que un niño me comprara a mí y comprara un "Trespelos", para jugar con los dos.
 - ¿Y qué bicho te gusta más?
 - Gustarme..., no sé; pero el bicho que me hace más gracia es la foca. No es bonito, pero es saladisimo.
 - Gracias, Charlotillo.

(Dib. de Alonso.)

EL MAGO BOTIJO